

TERAPEUTICA QUIRURGICA.

Tratamiento quirúrgico de los abscesos del hígado abiertos por los bronquios.

Una de las terminaciones espontáneas más frecuentes de los abscesos hepáticos es la abertura de ellos a través de los bronquios.—Esta terminación no es generalmente hablando, nada feliz.—Para que se haga camino el pus siguiendo esta vía, es necesario que se formen adherencias, primeramente del hígado a la convexidad del diafragma, por medio de una peritonitis circunscrita después hay una miositis de este mismo músculo; y consecutivamente otras adherencias de la pleura parietal diafragmática a la pulmonar. Entonces el pus se abre camino, provoca la tos y sale mezclado con mayor o menor cantidad de sangre por la boca; por lo pronto el enfermo descansa, se calman los dolores y aún la mayor parte de las veces se quitan la fiebre vespertina y los sudores.

Pero como explicaba muy bien el Sr. Don Miguel Jiménez en sus memorables lecciones clínicas, las paredes del absceso, obrando como un fuelle, se aproximan y se separan casi constantemente y este movimiento impide la aproximación definitivamente de las paredes del foco y su cicatrización haciendo en la mayor parte de los casos la curación imposible.

Una que otra vez, sin embargo, he visto sobrevenir una curación completa; aunque esto constituye una verdadera excepción.

Entre todos los innumerables casos que de estos abscesos abiertos por los bronquios, he visto en el Hospital C. Béistegui, tan sólo recuerdo dos que se hayan curado completamente sin intervención quirúrgica; otro caso lo pude observar en mi clientela particular.

En el primero se trataba de una pobre mujer natural de Orizaba y que había sido cocinera del Sr. Doctor Don Gregorio Mendizábal.—Esta enferma entró al servicio del Sr. Dr. Chacón y arrojaba, después de repetidos y molestos accesos de tos, gran-

des cantidades de supuración. En aquel tiempo—era el año de 1895—no se intervenía en casos como el que refiero, pues e ha bía notado que puncionando como lo hacían los Sres. Vértiz y Jiménez o abriendo y canalizando como lo hacía Carmona y Valle, sobrevénía una septicemia rápidamente mortal. Por esta razón no intervenimos en la enferma a que me refiero y todos los médicos que atendimos, dimos el caso como perdido, esto es, desahuciamos a la enferma. Esta, después de 2 meses de estar arrojando pus mezclado con sangre, empezó a arrojar grandes cantidades de bilis lo que la agotaba extraordinariamente. Pero con gran sorpresa nuestra, en el curso del 5º mes empezó a disminuir tanto la bilis como el pus, los accesos de tos se hicieron menos frecuentes y después de algún tiempo se fué agotando el pus hasta desaparecer por completo así como la tos que se le quitó del todo.

El otro enfermo de mi clientela particular a que me refería al principio, era un español que comiendo un día el dulce que se conoce con el nombre de leche quemada, sintió un dolor muy agudo en la garganta, quiso arrojar el cuerpo extraño que sintió ahí, no pudo, se lo tragó, volvió a sentir otro dolor más interno y más profundo que se localizó después en la región hepática, que se hizo dolorosísima, sobreviniendo después todos los síntomas de un absceso hepático. Al cabo de unos quince días el enfermo tuvo un violento acceso de tos seguido de otros varios y arrojó unos 200 gramos de pus y con él un cuerpo extraño que se reconoció como un pedazo de palo, el que había sido ingerido cuando el enfermo tuvo el dolor primitivo al ingerir el dulce de que hablé hace un momento, y que se había desprendido de la cuchara de madera con la que es costumbre menear la leche con azúcar al preparar este dulce.

Desde que el enfermo arrojó el cuerpo extraño sintió un alivio inmenso, el pus fué disminuyendo poco a poco hasta cesar del todo y el enfermo quedó ya completamente bien.

El 3er. caso es de fecha mucho más reciente. Un individuo, natural de Cuernavaca y llamado Ladislao Galván, me fué recomendado por el Dr. Orvañanos. Hacía ya tiempo que después de una disentería tuvo todos los síntomas de un absceso hepático que al fin hizo irrupción a través de los bronquios. Llevaba un año de arrojar diariamente un litro de pus después de mo-

lestísimos accesos de tos. —Con objeto de operarse entró a la sala que está a mi cargo en el Hospital C. Béistegui—a los 2 días le practiqué varias punciones sin haber logrado encontrar el foco; pero desde el día siguiente empezó a disminuir, tanto el pus como la tos y a los 15 días cesaron tanto uno como otra.

El dolor había desaparecido—la macidez hepática era la normal. Detuve al enfermo para observarle más; pero los síntomas molestos no volvieron y al mes y medio fué dado de alta al parecer enteramente sano.

Estas son las únicas curaciones que sin intervención verdaderamente quirúrgica he observado hasta hoy. En la próxima sesión pienso citar los casos de curación después de operar a los enfermos de absceso hepático abierto en los bronquios, fijándome especialmente en las razones por las que hoy dan buen resultado las intervenciones que en otro tiempo eran de tan funesto pronóstico.

J. VÉRTIZ..